

J I L L B E G O V I C H

SABRÁS  
QUE FUE  
LA VIDA

Diseño de portada: Estudio la fe ciega / Domingo Martínez  
Imagen de portada: © Shutterstock

© 2018, Jill Begovich

Derechos reservados

© 2018, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.  
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.  
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2  
Colonia Polanco V Sección  
Delegación Miguel Hidalgo  
C.P. 11560, Ciudad de México  
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: octubre de 2018  
ISBN: 978-607-07-5230-8

Primera edición impresa en México: octubre de 2018  
ISBN: 978-607-07-5226-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.  
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México  
Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*

*A todas ellas*

## LUCI

Luci odiaba soñar con su mamá. Lo odiaba por la sensación de pérdida que, a la mañana siguiente, la invadía después de abrir los ojos. Pero era inevitable: unas semanas antes del aniversario de su muerte, los recuerdos y la añoranza encontraban el camino a su subconsciente. Esos días, su padre solía cubrir su natural carácter melancólico tras el velo de una falsa paz y una amabilidad exagerada. La farsa, sin embargo, se desmoronaba ante Luci cada madrugada, cuando se suponía que ella debía estar profundamente dormida. Los sollozos de su padre bajo el chorro tibio del agua de la regadera le dolían más a Luci que imaginarlo llorando con ella abiertamente. Si alguien le hubiera preguntado cómo prefería coexistir con el recuerdo de su madre muerta, Luci hubiera optado sin dudar por la franqueza emocional, pero su padre parecía querer protegerla de cualquier contacto, por sutil que fuera, con los sentimientos. Aún ahora, casi once años después de aquel lunes de abril que colocó el punto final en la vida de su mamá y destrozó la de su papá, esa suerte de escape seguía siendo la única forma en que él enfrentaba la pérdida.

Ocurrió un lunes como cualquier otro. Ana despertó a su hija para ir a la escuela y le preparó el desayuno a su esposo: media

toronja, pan tostado con mantequilla y café, como todos los días desde hacía quince años. Miguel se encargaría de llevar a Luci a la primaria. Luego de activar el engranaje matutino se metió a bañar. Ana era de esas mujeres que no toman mucho tiempo en arreglarse, lo que le permitía dedicarle cada segundo posible a lo que realmente disfrutaba: beber su café —el primero de los tres que se tomaba cada día— y leer el periódico en soledad. Quien se adentra en los dobleces de esa sábana de letras, sin fijarse en los escándalos más inmediatos, puede enterarse de las mejores historias antes que nadie. Las riendas editoriales sostenidas por intereses políticos y económicos se relajan ahí, en las entrañas de los diarios. Casi siempre, esos rincones discretos se usan para publicar el trabajo de algún reportero obstinado: esas necesidades ideológicas que los editores consideran carentes de importancia, pero a las que prefieren dar luz verde antes que volver a escuchar, en boca del autor, las mil y un razones por las que el artículo en cuestión es la piedra angular de la siguiente gran historia. Pero en ciertas ocasiones, esos periodistas necios con demasiada energía y aún más sed de reconocimiento dan en el clavo. A Ana le encantaba anudar los hilos sueltos, ser testigo de cómo se gestaba el siguiente escándalo, la próxima pandemia y el consecuente tema que estará en boca de todos.

Terminó el último sorbo de café y se sonó la nariz, con la potencia y desfachatez que una se permite en privado. Mientras se lavaba los dientes recordó que debía llevar un par de cajas a la oficina, para traer a casa libros y otras pertenencias. Por primera vez en siete años, le darían mantenimiento al Centro Nacional de las Artes y ese día se encargarían de pintar la Escuela Nacional de Danza.

Subió a su Jeep y aumentó el volumen a Celia Cruz. Stravinsky estaba bien para el estudio, pero no para el tráfico infernal de la colonia Del Valle a las ocho de la mañana. Aunque a su departamento en la calle Elefante y el CENART sólo los separaban unos siete kilómetros, los trayectos a esa hora fluctuaban entre los quince minutos y los cincuenta.

Los modos en que opera el tránsito en la Ciudad de México

escapan al entendimiento de sus habitantes; el humor del chilango se determina en gran medida por la experiencia vial del día. Hay quienes descargan su frustración impactando repetidamente el talón de la mano al volante y otros, como hacía Ana, que prefieren entender esos embotellamientos como el espacio ideal para organizar su mente. Al ritmo «De La Habana hasta aquí» tamborileó sus dedos sobre el tablero y poco después entró al estacionamiento de su lugar de trabajo.

Aquel día, le tocaba impartir técnica de danza clásica a los de cuarto año y sensibilización músico-corporal a los de primero. Con tanta energía, proveniente de su ansiedad por aprender, los principiantes se convertían en un grupo muy difícil, pero que la llenaba de satisfacción. Los de cuarto, en cambio, se tomaban la danza con un rigor que rayaba en el fastidio. Ella, en más de una década como bailarina profesional, nunca había perdido la capacidad de sorprenderse de lo que su cuerpo y la disciplina eran capaces de lograr.

Un factor a su favor fue que la decisión de dedicarse a la danza la tomó por cuenta propia. Muchas de sus compañeras de clase, apenas unas niñas en aquel entonces, atendían a los deseos frustrados de sus madres y se presentaban con los ojos hinchados por el llanto a los ensayos. Nunca fue su caso. Cuando las maestras detectaron su oído musical innato y la disposición natural de su cuerpo para el *ballet*, su madre, una mujer sabia y práctica, tuvo el buen tino de sentarse con ella y preguntarle qué era lo que quería. Ana no dudó en responder. Nada la hacía más feliz que bailar. Nada la haría más feliz que bailar toda su vida.

Esa pasión la llevaría diez años más tarde a convertirse en primera bailarina de la Compañía Nacional de Danza, recorrer el mundo y protagonizar los grandes clásicos como *La Cenicienta*, *El cascanueces* o *El lago de los cisnes*, en la isleta del lago menor del antiguo bosque de Chapultepec. Sin duda alguna, la puesta que más disfrutaba era *Giselle*. Ese *ballet* le daba la oportunidad de convertirse en la mujer que ama sin límites y sin prejuicios, una loca de atar romántica que está dispuesta a dejarlo todo, hasta la danza, por el hombre que ama. Claro que ella nunca

lo haría, pero sus primeros años de matrimonio resintieron las giras y las sesiones maratónicas de los ensayos. Aun así, Miguel no claudicó ante los discursos interminables de su madre, que insistían con la posibilidad de que Ana antepondría su carrera a la maternidad. Él repetía las palabras de su esposa: «Siempre hay tiempo para cada cosa, sobre todo en la efímera vida de una bailarina». Tres años después de casarse, confirmando aquella sentencia, Ana quedó embarazada.

Ahora Luci tenía doce años, y aunque a su madre le hubiera encantado inculcarle la disciplina del *ballet*, la niña había heredado los pies izquierdos de su padre. Pero sólo para el baile. Desde pequeña había destacado en cada deporte que practicaba, y su bajo rendimiento escolar no obedecía a otra cosa que a su pasión por dibujar.

Antes de comenzar la clase de sensibilización, Ana recordó la sorpresa que la embargó el día anterior cuando, al revisar los cuadernos de su hija, se encontró con un sinfín de dibujos de todas las formas y tamaños, pero ningún apunte sobre las materias escolares. Lo primero que salió de su boca fue un regaño.

—¿Pero mamá, ya los viste bien? —le preguntó Luci.

¿Verlos bien? Los había devorado con la mirada. Su habilidad era impactante para su edad pero, ¿qué clase de madre sería si aplaudiera la facilidad con que su hija eludía sus obligaciones escolares?

—Luci, hay un tiempo y un lugar correcto para todo.

Intentó hablarle de su propia experiencia, de los desafíos que tiene una bailarina para darle a cada aspecto de su vida un espacio, sin dejar de practicar, con el mayor empeño posible, su arte. No obstante, mientras la niña escuchaba, el lápiz en su mano hacía piruetas sobre el papel. ¿Quién era ella para tratar de ponerle horarios a una pasión?

Los alumnos de primer año entraron al aula como animales salvajes y en segundos trajeron su mente de vuelta a la realidad. Era increíble lo que la *Obertura 1812* podía hacer con el exceso de hormonas y la energía mal canalizada. Un par de acordes después, el bullicio se esfumó y los jóvenes se tranquilizaron.

Después de la clase, Ana se tomó unos momentos para empacar en dos cajas algunos libros, sus diplomas enmarcados y la única fotografía que tenía en su oficina, donde estaba con Miguel y Lucí en Disney. Lo demás, bien cubierto de plástico o periódico, podría sobrevivir al escurridizo rocío de pintura. Con una caja en cada mano, abandonó el cubículo y cerró, con la gracia inherente a una bailarina, la puerta con la punta del pie. De camino al estacionamiento bromeó con sus alumnos de cuarto grado sobre un supuesto despido como explicación a las cajas repletas que llevaba en brazos. En un ambiente donde todos se toman la danza tan en serio, Ana era una bocanada de aire fresco en el CENART.

Hay quienes confunden disciplina con displicencia. Para ella, la disciplina sólo era parte de la receta para la enseñanza. La empatía, un buen sentido del humor y la complicidad, junto con la dedicación al grupo, resultaban herramientas mucho más eficaces en el aula que las sanciones estrictas que imponían otros docentes. Los resultados de su método se podían ver tanto en el escenario como en el afecto que le mostraban sus alumnos incluso fuera del aula.

Ya en el estacionamiento, dejó las cajas en el piso para abrir la cajuela. Incapaz de olvidarse de sus prácticas, incluso en los momentos más cotidianos, flexionó las rodillas en un *grand plié* y levantó las pesadas cajas para colocarlas en la camioneta. Un mareo súbito trastornó sus sentidos. Intentó recuperar el equilibrio soltando la carga de golpe. Sus objetos personales impactaron el suelo con estridencia. Un rayo apuñaló su cerebro. El trueno retumbó en su cráneo. Aferrarse al costado de la camioneta fue imposible. Su cuerpo se deslizó sin gracia hacia el pavimento y ahí, entre los vidrios rotos del portarretratos, junto a la foto familiar, pidió tímidamente ayuda. No le alcanzó el aire para gritar.

El timbre del teléfono interrumpió los pensamientos de Miguel, concentrado en encontrar el sentido oculto entre las fotos y recortes de periódico unidos con hilo rojo que resumían el trabajo



de los últimos dos años. El jefe de plaza del grupo criminal asentado en la Ciudad de México lo veía con ojos cínicos y una caguama en la mano desde lo alto de aquel diagrama que decoraba su lúgubre oficina. No había ningún artículo personal que volviera más ameno el ambiente. Jamás colocaría la foto de su hija o su esposa en el mismo espacio en que habitaba la figura de un tipo tan perverso: a pesar de su corta edad, presumía un catálogo macabro de asesinatos.

Contestó con ligereza, casi fastidiado. Nada lo hubiera preparado para lo que salió por la bocina del auricular. Por más que aguzaba el oído sólo escuchaba fragmentos de lo que decía su interlocutor. Fue repentino. La ambulancia se demoró. Aún respiraba cuando llegaron los paramédicos. Sin embargo, no pudieron hacer nada.

La línea se quedó en silencio, salvo por la respiración agitada del subordinado que había tenido que hacer la funesta llamada.

—¿Comandante?

Por lo que le parecieron horas, Miguel no dijo nada. Pensó en su hija. Ya tendría toda la vida para pensar en Ana. ¿Cómo le diría a Luci? ¿Cómo se las arreglaría él solo con una niña de esa edad? ¿Cómo sobrevivirían sin la estrategia de la casa, sin su pragmatismo, sin su alegría, sin sus ocurrencias?

—¿Comandante?

—Entendido. —Quiso decir algo más, pero apenas atinó a emitir un balbuceo ahogado.

Al llegar al hospital, conocidos y desconocidos lo acribillaron con preguntas, pésames, reflexiones con una pretensión de agudeza que rayaban en lo ridículo. Necesitaba estar solo. Con tanto bullicio era imposible planear cómo le diría a Luci que su madre había muerto. Además, lentamente comenzaba a notar ese malestar velado que produce la pérdida, una especie de agujero negro a la altura del plexo solar, que amenaza con succionar, lenta y dolorosamente, todos los órganos vitales.

El doctor se acercó con paso firme y un rictus de consternación fingida que le hizo recordar el gesto que él mismo adoptaba cuando tenía que comunicar la muerte de algún individuo a su

familiar. Por cortesía profesional, evitó atormentar con su dolor al médico que tuvo la mala fortuna de recibir el cuerpo sin vida de Ana. Conocía bien lo incómodo que era sostener en brazos a un desconocido empapado en llanto, al borde de la histeria.

—Murió a consecuencia de la ruptura de un aneurisma cerebral. Un aneurisma es una deformación que aparece en las arterias cerebrales debilitadas. Su presencia es asintomática. Un esfuerzo físico, incluso sonarse la nariz o levantar algo pesado, puede hacer que se reviente, provocando una hemorragia.

Miguel deseaba con todo su ser que el hombre se callara, pero parecía que su estrategia para calmar a los deudos consistía en adoptar tonos de catedrático.

—Si se atienden a tiempo, con cirugía, el pronóstico puede ser favorable. Pero en muchos casos los pacientes que sobreviven a la ruptura de un aneurisma cerebral padecen secuelas neurológicas muy graves.

De cierta forma, Miguel comprendió que aquel sujeto intentaba decirle que la muerte fue la mejor de las peores opciones para Ana. Porque nadie sabe la bendición que acompaña a un fallecimiento si la alternativa involucra el daño cerebral, donde para el paciente la vida ya no es la misma, y el ser querido se vuelve para la familia un lastre. Incluso los parientes más cercanos, en esos casos, sienten repulsión por sí mismos al sorprenderse, una y otra vez, pensando que quizá la muerte del afectado hubiera sido mejor para todos. El luto, por más lacerante, siempre es una conclusión más llevadera que el desgaste paulatino de la vida del ser amado. A Miguel lo asombró darse cuenta: Hasta para eso Ana fue práctica, siempre adelantada a las circunstancias.

—Acompáñeme—dijo el hombre. El imperativo lo obligó a salir de sus pensamientos, donde se sintió, por unos segundos, a salvo de la realidad. Sin embargo, era ineludible: había llegado el momento de verla por última vez.

Miguel pasó el primer año tras la muerte de Ana en una especie de trance. Todo a su alrededor parecía funcionar por inercia, a

través de las instrucciones para el día a día que su esposa había instaurado en casa. Él siguió trabajando. Luci pasó a la secundaria. Con el tiempo, los episodios más estruendosos, donde la ausencia era insoportable, se hicieron menos frecuentes. Y aunque su vida no volvió a la normalidad, sí adquirió una nueva cadencia que la hizo tolerable. Diez años después de aquel lunes de abril, las autoridades federales capturaron al jefe de plaza de Los Zetas en el Distrito Federal, y a siete de sus más cercanos colaboradores, gracias a una operación encubierta diseñada y ejecutada de forma impecable por Miguel. Las felicitaciones y el ascenso no tardaron en llegar.

El nuevo puesto trajo consigo un cómodo horario de burócrata que le permitió a Miguel convivir más con su hija: toda una revolución en su vida, ocupada hasta entonces de tiempo completo en investigaciones policiales. Miguel se arrepentía de haber dedicado tanto tiempo a la oficina antes de eso. A veces se quedaba a dormir ahí, intrigado, dispuesto a descifrar alguna conexión criminal, o al pendiente de alguna noticia. Ana soportaba estoica sus ausencias: era un acuerdo tácito entre ellos, porque del mismo modo él la respaldó cuando aún se presentaba como bailarina.

Después de que su carga de trabajo disminuyó, Miguel redescubrió a su hija. Pese a que había crecido sola, esperando a que su padre llegara a casa, era una chica brillante. Tenía una conversación inteligente, era educada y discreta. Eso sí, su mirada siempre estaba ensombrecida por una tristeza que ambos compartían. Su padre hizo un esfuerzo para entrar en su mundo. Si bien la conversación no era su fuerte, se dio cuenta de que compartir ciertas actividades los hacía sentir más cerca, sin necesidad de profundizar en el estado anímico del otro. Por lo menos tres veces por semana salían a correr muy temprano a los Viveros de Coyoacán. Los jueves eran noches de cine. Una vez al mes encontraban el tiempo para una sesión de tiro deportivo en el Estado Mayor Presidencial. Con toda naturalidad, se volvieron cómplices. Viajaban, cocinaban juntos, se divertían. Pero nunca hablaban de Ana. Y no porque Luci no quisiera. Cada vez, las

contadas ocasiones en que la mencionó, a Miguel le daba una ansiedad incontrolable. Comenzaba a moverse agitado, a mirar para otro lado intentando cambiar el tema de conversación. Sentía cómo el sudor le empapaba el rostro, y comenzaba a abrir y cerrar las manos en un tic que llevaba toda su vida intentando controlar. Era increíble: el comandante, que siempre se mostraba en calma, incluso cuando debía tratar de cerca con los criminales más sanguinarios, temía mencionar, enfrente de su hija, el nombre de su esposa muerta. Era ridículo. Miguel lo sabía y eso lo ponía peor. Sentía cómo sus ojos se humedecían y el cuerpo, de postura perfecta y ademanes firmes, se le encorvaba: le costaba incluso llevarse la palma de la mano a la frente. Luci comprendió al poco tiempo que cualquier recuerdo y pensamiento sobre su madre, debería guardarlo para sí misma.

Faltaban dos días para el onceavo aniversario luctuoso de Ana y menos de dos meses para acabar la carrera en diseño de modas. Habían quedado atrás los tiempos de insolencia ante los profesores y distracción en clase. Esforzándose en seguir el disciplinado ejemplo de su madre, se graduaría con el mejor promedio de la generación. Luci tomó el celular del buró junto a su cama y vio la hora. La luz de la pantalla la deslumbró. Aún faltaba hora y media para que sonara el despertador, pero prefería quedarse despierta. Sabía que, de lo contrario, soñaría con ella y la sensación de pérdida se le quedaría prendida al cuello el resto del día, sofocándola. No se podía dar ese lujo en finales. Además, debía terminar cuatro diseños para su portafolio y había perdido demasiado tiempo perfeccionando los cierres en los bocetos.

Aunque ahora se maldecía por ello, le encantaba poner especial atención a ese detalle de sus diseños. El mecanismo le parecía excepcional, y aunque otros estudiantes sólo trazaban un esbozo para indicar su existencia, ella se tomaba el tiempo y el empeño para retratar el complejo encanto del zíper y cómo su centenar de pequeños dientes embonaban a la perfección. Al dibujarlos se imaginaba el zumbido tenue que emiten estos artefactos

al cerrarse. Luci fantaseaba con el momento en que su novio fuera parte de ese acto sensual, tan íntimo, de subir el cierre de su vestido de graduación.

Con ese pensamiento en mente, se puso la ropa deportiva, poniendo especial atención al abrocharse la sudadera. Después se colocó los audífonos y salió de casa. Subió el volumen para alejar las voces que, en su cabeza, persistían en traerle recuerdos. Sincronizó su trote suave con «Viva la Vida» de Coldplay. Se desconectaba tanto del mundo cuando corría que el movimiento brusco de una ardilla al margen de la pista logró sobresaltarla. Maldijo en su cabeza. Luci pisaba kilómetro tras kilómetro, el sol ascendía y el sudor resbalaba por su cuello hasta depositarse en un pequeño charco entre sus pechos. Había apretado de más las agujetas de sus tenis. Sentía cómo le hormigueaban los pies, pero no dejaría de correr hasta que no la invadiera esa sensación de bienestar que acompaña al agotamiento. Supo que el momento había llegado cuando los colores del paisaje a su alrededor se volvieron más intensos y los bordes de los objetos más brillantes, como si su carrera la hubiera llevado al mundo animado de un videojuego.

Cuando Miguel terminó de bañarse, su hija ya no estaba. Se alegró de que así fuera. La regadera ahogaba el sonido de su llanto, pero no hacía nada por calmar los ojos hinchados que tendría que llevar el resto del día. Al dolor que le provocaba pasar ciertas fechas sin Ana se le sumaba el pesar de saberse descubierto en la mirada de Luci, quien fácilmente adivinaba que su padre había pasado la mayor parte de la madrugada hundido en la depresión, empeñado en no compartir la tristeza con ella. Miguel reservaba sólo un par de fechas para dejarse llevar hasta el abismo por ese torbellino de emociones. Eso sí, siempre tras puerta cerrada. Esa mañana, quizá porque había dejado pasar más tiempo desde la última vez, resurgir de las profundidades había sido un poco más tormentoso de lo normal.

Llorar es un acto muy burdo. Se requiere de temple y experiencia para salir con dignidad de ese caos sentimental, para

echar los hombros atrás, levantar la cabeza y otorgar la cortesía de una sonrisa a quien salude. Por fortuna, Miguel no era del tipo conversador: sabía que por su jerarquía no podía permitirse confianzas ni amistades que rozaran la intimidad. Aprovechando la frialdad que mediaba sus relaciones en el trabajo, podría con facilidad justificar sus ojos rojos y la nariz constipada fingiendo un resfriado sin importancia.